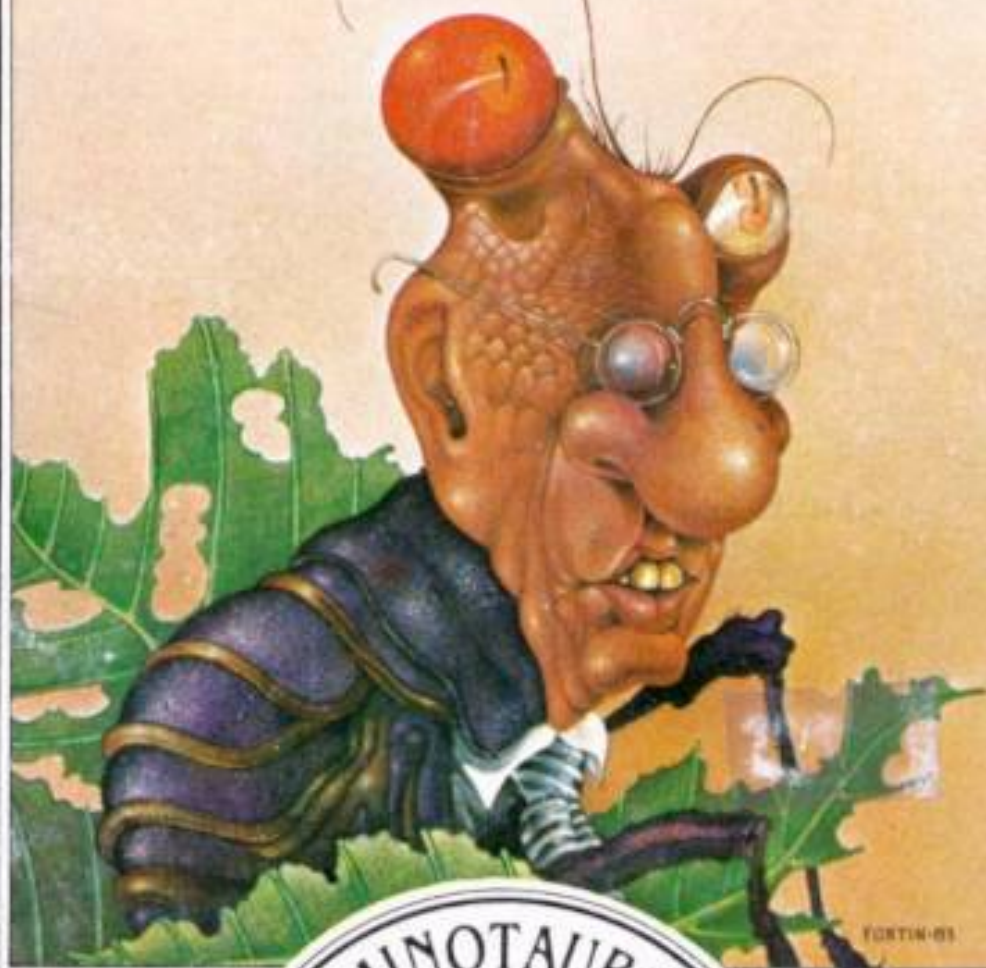


ROGELIO RAMOS SIGNES

# LAS ESCAMAS DEL SEÑOR CRISOLARAS



MINOTAURO

FORTIN-03

Rogelio Ramos Signes

# Las escamas del señor Crisolaras

Minotauro

Diseño de la tapa: Sergio Pérez Fernández  
Ilustración de Raúl Fortín

*Edición digital: Sargont (2019)*

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723*

© Diciembre de 1983, Ediciones Minotauro S.R.L. - Buenos Aires.

ISBN 950-547-017-7

## Índice

EL DUEÑO DEL DESIERTO

EL NO-HISTÓRICO VUELO DEL COMEJÉN

EL TREN, LA LLUVIA, ELLA Y LOS CANGREJOS

LAS ESCAMAS DEL SEÑOR CRISOLARAS

## El dueño del desierto

a Elvio E. Gandolfo

### I

A medianoche volvió a correr viento y volvieron a dolerle los oídos y la arena le entró otra vez por los pantalones y todo le indicó que no habría gran diferencia con la noche anterior. El termómetro que llevaba cosido al gabán le marcó los diez grados bajo cero que sus amigos, antes de salir, ya le habían pronosticado, y no tuvo más remedio que darles la razón en cuanto al consejo de llevar esos dos trozos de elástico que él se obstinaba en ver como cosa sin sentido. Así fue que por eso, y porque lo necesitaba, decidió aprovechar al máximo cuanto había llevado, y se sentó a sujetar los pantalones por los tobillos con los pedazos de elástico. Y buscó la máscara de goma y el gorro con orejeras y les guantes de piel de cordero que también le habían obligado a cargar, pero en minutos el viento le tapó los pies con arena y solamente le quedó por aceptar la marcha sin descanso, al menos durante la noche que era cuando dominaba la tormenta.

Con la primera claridad aprovechó para acostarse, pero no pudo dormir, impresionado por las líneas casi artísticas que el viento había dejado a su alrededor y muchos metros más adelante y más atrás y hacia los costados. Y todo seguía siendo una cebra de arena cuando el sol comenzó a hostilizarlo, como en el día anterior. Casi dormido metió el gabán y la manta de dos plazas en el bolso, le dio un trago tímido a la cantimplora, sugestionado

por las recomendaciones que le hicieran, y volvió a caminar. Le habían dicho que la travesía duraría cinco días con sus noches, siempre que no descansara más de tres horas diarias, y le dijeron también que un helicóptero saldría del parque cerrado todas las tardes, hasta el quinto día, para verificar que caminaba en el sentido correcto. Los amigos del club también lo habían acompañado casi dos mil metros con linternas, iluminándole el suelo y haciéndole infinidad de salvedades. Luego la noche fue enteramente suya, con la arena helada entrándole por los pantalones, con el viento nada amistoso y el sueño de a pie.

A las once de la mañana del segundo día la temperatura ya estaba por sobre los cuarenta y cinco grados, y al mediodía pasaba los cincuenta. El resplandor en la arena llegó a dañarle la vista, por lo que de ahí en más usó los anteojos oscuros hasta bastante entrada la noche.

Cuando el termómetro le fue inútil, porque el tope no indicaba la temperatura real, improvisó una sombrilla con la manta y dos bastones que guardaba por si acaso tuviera alguna torcedura. Comió lo indispensable, que por otra parte era lo que había planeado antes de salir, y se tendió a descansar a la sombra ficticia de la manta, dispuesto a no dormirse.

Estaba oscureciendo cuando el viento lo despertó. Contrariado por esas horas que había perdido durmiendo y con la transpiración seca sobre la espalda, volvió a cubrirse con el gabán y la manta, ató los bastones al bolso de la comida y emprendió la marcha. Un trecho más adelante se puso la máscara de goma para defenderse la cara del viento y de la arena, se calzó el gorro y los guantes, se ató los elásticos alrededor de los tobillos y caminó durante toda la noche. Cuando los oídos empezaron a dolerle ya no tenía idea de cuánto había caminado, pero sabía que faltaba bastante para el amanecer. Entonces descubrió que podía ocupar el tiempo pensan-

do, cosa que no se le había pasado antes por la mente. Pensó en la competencia. Pensó en su amigo que no había podido llegar a destino y abandonó al tercer día cuando estaba a sólo setenta kilómetros de la cruz de roble. Pensó también que sí lograba superar el tercer día todo sería más fácil. Y casi aterido y alegre con su entretenimiento, siguió caminando en medio de la tormenta sin notarlo.

Bastante temprano, cuando el sol todavía no se hacía notar, pasó el helicóptero, que había prometido visitarlo por las tardes. Desde arriba dos hombres le hicieron señas indicándole que iba bien encaminado, y hasta creyó oírles gritar algunas frases de aliento. Una hora después volvió a preparar el toldo con la manta y los bastones, y se propuso pensar para no quedarse dormido otra vez. Pensó en un fin de semana cuando siendo muy niño su padre lo había llevado a conocer las islas. Algunas estaban inundadas, según le explicó, pero para él, y por mucho tiempo, eso no fue más que un grupo de árboles crecido en medio del río, y un techo lleno de sapos. Recordó a su hermana preparándoles una torta de fiambres, que cortaron en trozos pequeños y fueron comiendo en la lancha que los llevó y que tuvo que traerlos de vuelta a las dos horas, porque no había siquiera un metro de tierra donde hacer pie. Pensó también en la segunda vez que fueron a las islas, y en el rancho con barro pegado a las paredes donde pasaron dos días, y en el buque alemán a medio hundir. Y si no hubiera sido por el brillo del sol en la arena, que le molestaba, se hubiera quedado horas pensando en el agua que golpeaba contra la planchuela de madera donde su padre sacaba palometas con un mediomundo. Pero la transpiración le mojaba la camisa y ya de ningún modo podría descansar por más que quisiera.

A la hora de la siesta todavía seguía caminando sin descansar, arrastrando el bolso con las ropas que lo de-

fendían de la noche, peleándole al calor. A las cinco de la tarde había intentado subir tres veces una cuesta de arena, y había caído otras tantas, por lo que recurrió a la cantimplora y lo intentó de nuevo: la venció y siguió adelante. Esa tarde el viento llegó más temprano pero también dejó de soplar antes del oscurecer. La noche se estrelló de pronto y el cielo se llenó de líneas fosforescentes, tanto como para indicarle que ya había vencido el fantasma de los tres primeros días en el desierto y que de allí en más el éxito era suyo. Entusiasmado por la calma que lo rodeaba, comió los alimentos que le correspondían para esa noche, y antes de echarse a dormir se planteó algo definitivo para enfrentar el largo tramo que le quedaba: "La cuestión no es la permanencia en el desierto, sino llegar hasta el final, hasta la misma cruz de roble", se dijo, convencido de que lo lograría, y durmió profundamente, sin tener siquiera tiempo para entretenerse pensando.

Soñó que un hombre de turbante tornasolado lo despertaba y le proponía un extraño juego de palabras que él no podía articular, por lo que debía pagar una multa consistente en retroceder en el desierto hasta la noche anterior. Luego el hombre del turbante se alejaba en un animal híbrido, con mucho de dinosaurio y poco de camello, y desde lejos le disparaba con un fusil destrozándole la cantimplora. Él, desesperado, se echaba al suelo tratando de retener el agua que igual se le escapaba entre los dedos. Se despertó transpirando en frío, cavando la arena con las manos, y con un profundo dolor en la garganta.

Le pareció que había pasado días durmiendo y que si no se ponía en pie y empezaba a caminar de inmediato perdería la competencia; porque en la modorra que sigue al sueño él estaba en una competencia de velocidad y no de logros. Pero la costumbre de mirar el reloj le indicó que eran muy pocos los minutos que había dormi-



do, y volvió a recostarse aprovechando que el viento no soplaba en esa cuarta noche en el desierto. Volvió a soñar con el hombre del turbante tornasolado, pero esta vez estaban descansando bajo una palmera inmensa de la que colgaban adornos, igual que de un árbol navideño. El hombre le explicaba que el secreto de la buena permanencia en el desierto era olvidar por completo la vida que se vivía más allá de las arenas. Olvidar las ciudades y los puertos, olvidar las mujeres y la charla con los amigos, por ejemplo, olvidar que en otras partes del mundo existían seres amontonados; destruir la soledad. Entonces él le explicaba que recordando exactamente esas cosas hacía menos dura su caminata; que recordar la casa de campo donde había pasado su niñez le ocupaba gran parte del día, por lo que, estimaba, no eran acertados los consejos que le estaba dando. Sucedió entonces que el hombre del turbante defendía su punto de vista, y la lógica discusión subía de tono y terminaban golpeándose, cada uno defendiendo su modo de pensar, que en el desierto era la única pertenencia, y se trenzaban en una lucha sin tregua como exactos representantes de mundos diferentes, al igual que esos violentos sembradores y ganaderos que había visto tantas veces pelear en las películas. Y así, como cada quien vence en su ambiente, el hombre del turbante le arrojó un puñado de arena a los ojos y escapó en su animal. Él se quedó impotente, tirado en el suelo restregándose los párpados hasta que el sol ya bastante alto lo despertó. Esta vez sí había dormido demasiado; el sol lo enceguecía, y no pudo calmar el dolor de garganta, ni siquiera con dos tragos de agua.

En un momento guardó la manta de dormir, el gabán, los guantes de piel de cordero y las demás cosas en la bolsa de la comida, donde comida era prácticamente lo que casi no quedaba. Y ya estaba caminando de nuevo cuando volvió el helicóptero, otra vez de mañana,

contradiciendo la promesa. Desde arriba los hombres parecían saludarlo, pero luego resultó que movían los brazos para llamarle la atención y para que tratara de mirarlos aunque el sol no se lo permitiera y los anteojos oscuros no le sirvieran de nada. Apenas pudo ver que le arrojaban un bulto pequeño, y si corrió a buscarlo donde cayó fue porque estaba a pocos pasos. Los hombres del helicóptero lo saludaron con los brazos en alto y se alejaron al instante. El cielo estaba rojo, como si alguna parte del aire se estuviera incendiando en esa mañana de temperatura exagerada. A las nueve el termómetro marcaba cincuenta grados, una cifra infernal pero lógica para el día que sucede a una noche sin viento. Corriendo y cayendo llegó hasta el paquete que habían dejado caer los del helicóptero, desarmándolo a manotazos a falta de paciencia para desatarlo. Al contrario de lo que pudiera haber esperado, el bulto contenía los diarios de los últimos cuatro días, atados con una faja de papel en la que se leía la siguiente frase: **ÁNIMO, AMIGO DEMETRIO. ES NECESARIO QUE CAMINE HACIA SU DERECHA**, y en el otro extremo de la faja: **EL ÉXITO SERÁ SUYO. GIRE HACIA LA DERECHA.**

Desorientado y otra vez solo, abrió los diarios hoja por hoja con la esperanza de encontrar alguna nota que le aclarara un poco las cosas; aunque en las napas del orgullo buscaba su nombre y todo cuanto pudieran opinar de él y su travesía. El calor, que llegaba a límites insostenibles, lo obligaba a no detenerse más tiempo, porque luego de cinco minutos ya serían diez, y quince, y media hora, y ya no querría levantarse hasta entrada la noche. Por eso no buscó a fondo en los diarios, aunque si lo hubiera hecho habría sido lo mismo; ya no era noticia, ni siquiera de escasa importancia, que uno más intentara llegar caminando hasta la cruz de roble. Sujetó el rollo de diarios al bolso, dentro de la manta, y con el gabán improvisó una sombrilla atándose las mangas alre-

dedor de la cintura y sujetando el cuello con los bastones apretados al cinto.

Caminó durante toda la mañana bañado en transpiración, sediento y con un hambre atroz, hacia la derecha como le indicaban en las fajas de los diarios, hasta que al mediodía, convencido de que estaba volviendo sobre sus pasos, andando otra vez lo mismo pero al revés, retomó la dirección que le pareció correcta y continuó a desgano. En cosa de tres horas ya no aguantaba esa marcha embrutecedora y se sentó a darle un par de mordiscones al trozo de queso que, por el sol y el encierro del bolso, ya era una mezcla agria y pegajosa que su estómago se negaba a soportar. Desistiendo de comer lo único que le quedaba, sólo restaba tomar uno de los últimos sorbos posibles del agua de la cantimplora. “A tres por día”, se dijo, “mañana por la tarde ya no tendré ni una gota”, y prefirió no hacerlo. Luego comprendería que ése era un indicio insalvable de la falta de fe, porque tácitamente aceptaba que no llegaría a destino al finalizar el quinto día.

Al ponerse de pie siguió caminando en la dirección que imaginaba correcta. Caminó durante horas, con el sol infernándole en la espalda, irracionalmente, hacia lo incierto de un punto fijo. Si lo hubiera pensado en algún momento, el color de la arena a distintas horas podría haber sido un buen entretenimiento, continuado e imaginativo; pero se enemistaba cada vez más con el suelo después de intentar subir una loma de arena, y caer, y volver a intentar, y volver a caer. El cielo seguía insolentemente rojo cuando lo ganó el desconcierto. De pronto se encontró con unas huellas que salían a cruzársele en el camino. En un primer momento, más atropellado que lógico, imaginó en plena vehemencia una serie de cosas que un solo segundo de sentido común hizo desplomar. La verdad es que había caminado en triángulo. Desde que del helicóptero le indicaron que cambiara de rumbo

y, posteriormente, desde que eligió la dirección que creía más acertada, había perdido el tiempo volviendo sin saberlo a un tramo ya superado.

Sentado a pleno sol, fastidiado y sin ánimos para nada, tiró de un manotazo la sombrilla de su invención que le clavaba los bastones en la cintura, y se negó a seguir caminando. En eso estaba cuando oyó el ronroneo del helicóptero, que en pocos minutos le revoloteó como un insecto cargoso, tratanto de indicarle algo. Luego se fue y volvió un rato más tarde, cuando ya él, resignadamente, había retomado la marcha. En su tercera aparición en ese día el helicóptero se mostraba ofensivo. El piloto, tercamente y sin preámbulo de vueltas inútiles, dejó caer como al desgano un trozo de piedra con un papel atado, y volvió a alejarse, por tercera vez en el cuarto día. La nota estaba escrita en un tono enérgico: AMIGO DEMETRIO, ¿QUÉ LE SUCEDE? ¿ACASO PERDIÓ LA BRÚJULA? CAMINE HACIA LA DERECHA O ABANDONE VOLVEREMOS AL OSCURECER.

Como es natural, ni siquiera se le pasó por la mente la posibilidad de enojarse, gritar, abandonar o insistir con su ruta equivocada; de lleno se dio a la búsqueda de la brújula que llevaba desde hacía cuatro días e ignoraba por completo. Revisó los lugares donde podría estar pero no encontró nada; atolondradamente descosió el forro del gabán, destrozó los bolsillos y quedó más desolado que antes. Se dijo que no seguiría caminando hasta no encontrarla, y si era necesario, al oscurecer, cuando volviera el helicóptero, les haría señas indicando que abandonaba la competencia.

Cuando al atardecer apareció el helicóptero por cuarta vez en el cuarto día, ya caminaba hacia la derecha con la brújula en la mano.

Esa noche tampoco hubo viento, aunque refrescó, lo que presagiaba un día más caluroso que el que acababa de pasar. A lo lejos se oían chirridos de insectos (desco-

nocidos insectos del desierto, tal vez) que le hicieron pensar en la proximidad de alguna laguna o de un bosque. Tendido de espaldas y abrigado sólo con la manta, guardó la brújula en un guante y se puso a pensar. Pensó en la tarde que con un amigo de la adolescencia había ido a visitar Comarca. Pensó en los cañaverales a los costados de la ruta, en los sanjorges invadiendo el patio y en los chicos que todas las tardes llevaban la leche en una botella verde. Pensó en sus ganas insólitas de probar una leche imaginaria con gusto a vegetales. Pensó en las tardes en que iba hasta la laguna a cazar pájaros, y en el día que conoció por primera vez a una mujer entre los escombros de una fábrica abandonada. Era morena. Tenía en el pelo un olor inconfundible a panales de abejas y en los senos chatos se le delataba esa necesidad que, en las siestas de verano, la empujaron hacia el primer hombre. Recordó ese mundo que podía descubrir con la complicidad de sus manos; su cuerpo desnudo contra las hendidias del techo y ese placer que tuvo que llegar al grito; un pubis enorme; un hueco despiadado, virgen o no (¿cómo podía saberlo, si era la primera vez?); una boca llorona y unos ojos claros. Recordó las caricias contra las máquinas herrumbradas de la fábrica, hasta muy tarde, y esa siesta en Comarca que no volvió a darse. Estaba tendido en la arena, mirando las estrellas, midiéndolas con un vuelo inexistente, cuando se dejó llevar bajo la manta por un orgasmo inocente en honor de aquella mujer. Y con ese homenaje respaldado por cuatro días y cinco noches en el desierto, se durmió enseguida. La noche era agradable, propicia para dormir profundamente, para reponer fuerzas en vísperas de otro día de calor, quizá más insoportable que los anteriores, tal vez definitivo. Estaba mirando la brújula y trazando un plano en el suelo cuando apareció el hombre del turbante desde un médano, esta vez a pie y con un libro en la mano. No se saludaron; esos encuentros nada tenían

que ver con lo formal. Se sentaban frente a frente, intercambiaban algunas frases, se ponían de acuerdo, intercambiaban algunas frases más, discrepaban, discutían, se agredían, se golpeaban. Esta vez el hombre lo invitó a mirar el libro que había llevado especialmente para mostrárselo. Era muy grande y estaba encuadernado por él mismo, según le explicó. Todas las hojas eran satinadas y a la luz del sol costaba trabajo mirarlas sin encandilarse. En la primera página útil figuraba un nombre muy extraño que lo hizo reír. El hombre del turbante se sintió herido por esa risa y cerró el libro con violencia. "Abu Yasser Nurib Gaddafi Salem es mi nombre y usted debe respetarlo como yo respeto el suyo, Demetrio Manuel...", protestó poniéndose de pie, "y por si usted no lo sabe", continuó, "su apellido también es un nombre, y yo a eso no le veo ninguna gracia." Y ahí terminó el sueño, y la noche. El amanecer era apenas fresco, pero en cosa de media hora el sol comenzó a molestarlo y desde muy temprano tuvo que cargar con el gabán, la manta, el bolso, los bastones, la cantimplora con un par de tragos, y las otras cosas menores. Cada tanto miraba la brújula y comprobaba que iba bien encaminado. Eso lo animaba un poco.

Durante la mañana varias veces tuvo deseos de terminar con el agua que quedaba, pensando que al atardecer, a más tardar, y siempre caminando hacia el oeste, llegaría a la cruz de roble donde lo estarían esperando con música, manjares y los dos premios, el suyo y el del club. Pero también pensaba en las horas que había perdido caminando sin un rumbo preciso, y que tal vez llegaría al día siguiente. Por eso guardaba el agua, porque uno de los requisitos era alimentarse con lo previsto y no recibir ningún tipo de ayuda, salvo en el caso de renunciar, cuando sería rescatado de inmediato. El sol, luego de dos noches en que el viento no sopló y la arena pareció quedarse para siempre en la última posición, se mos-

tró más hostil que nunca, cayó de lleno sobre la arena y ésta se desplazó en una ebullición compacta, se emparejó en todos los lugares simulando ser una lámina de metal incandescente. Con los pies ampollados le fue imposible soportar los zapatos. Cortó la manta en dos trozos y se los envolvió y ató alrededor de los tobillos con los pedazos de elástico, pero no quiso detenerse, porque eso hubiera significado no seguir más. Se propuso no dejar que las ampollas se le enfriaran y cumplió mientras pudo. Cuando el helicóptero pasó, todavía caminaba bamboleándose sobre el calzado de trapos. Desde arriba lo saludaron con ademanes exagerados y dejaron caer serpentinas e infinidad de papelitos blancos que cubrieron gran parte de la arena. Él levantó los brazos y agitó el gabán en la punta de los bastones y gritó de alegría casi hasta perder la voz; pero ya no tenían ni serpentinas ni papeles para tirarle, porque aquello, más que el festejo por la proximidad del triunfo, era la despedida, ya que el helicóptero no tenía planeado volver a visitarlo.

Eufórico, impresionado con esa anticipación de los festejos, se imaginó cerca de la llegada, y brújula en mano echó a correr, hasta que cayó enredado por los trozos de la manta y se quedó tirado al rayo del sol. Luego recobró el sentido; estaba totalmente mojado por la transpiración. Los contornos de la arena a más de veinte metros se diluían, y le lloraban los ojos. Buscó los lentes ahumados, pero se le habían roto en la caída; aun así no se arrepintió de haber desaprovechado la última aparición del helicóptero: estaba decidido a llegar hasta el final y siguió caminando. A las cuatro de la tarde volvieron a faltarle fuerzas para continuar. Calculó que la temperatura andaría por los ochenta grados, y cuando miró el termómetro el mercurio ya se había escapado, destrozando el vidrio que lo contenía. Prácticamente estaba a merced del sol, sin fuerzas para cargar con el bulto que